

La religion, segun esto, será la relacion entre el hombre y Dios y de los hombres entre sí. La relacion del hombre á Dios ha sido revelada por Jesus como por ningun otro revelador: Dios es nuestro padre, nosotros sus hijos. ¿Qué quiere decir esto? ¿Se trata de una mera relacion de origen, de filiacion? No, ciertamente. Necesitamos saber aún lo que es Dios. Jesucristo nos lo dice: Dios es amor. ¿Cuál es, pues, la relacion que nos une con Dios? El amor. Debemos amar á Dios con todas las fuerzas de nuestra alma, como él nos ama con infinita caridad. ¿Qué quiere decir esto? ¿Que amaremos á Dios adorándolo, dirigiéndole súplicas? Sí, pero teniendo en cuenta que falta lo esencial todavía. La religion, en efecto, es tambien un lazo que nos une á los demas hombres. ¿No será quizás amarlos amar á Dios? Jesus tambien es quien lo dice, pues declara que el amor á Dios y los hombres son uno mismo, constituyen una sola y misma ley. Hé aquí nuestro destino trazado por el hombre; ha tenido en más alto grado el sentimiento de la religion. Un elemento falta aún en esta concepcion del destino humano: la idea del progreso. Un germen de ella parece haber en aquellas palabras, nunca bastante repetidas: "Sed perfectos como vuestro Padre en los cielos." ¿Será necesario, despues de todo lo dicho, preguntar ahora si puede haber religion sin elemento sobrenatural? ¿Dónde está lo milagroso en la ley de amor formulada por Cristo?

§ V.—La renovacion religiosa y las preocupaciones católicas.

N.º 1.—Preocupaciones católicas contra el protestantismo.

Escribimos en un país católico, para lectores cuya inmensa mayoría pertenece á la comunión católica, por más que se hallen alejados de la Iglesia. Y, sin embargo, nuestros Estudios se dirigen preferentemente á los libres pensadores, si es que han tenido la paciencia de seguirnos hasta aquí, porque hay en ellos una preocupacion muy arraigada contra el cristianismo, y particularmente contra el cristianismo protestante. Si se les apura, confiesan que comprenden la religion católica y se hallan dispuestos á reconocer los beneficios que la humanidad le debe, á lo ménos en el pasado; pero

no comprenden el protestantismo, religion que confunden con la reforma de Lutero y de Calvino y la cual les es mucho más antipática que la religion de Roma. Pues bien, no obstante su marcadísima prevencion, dirémos á esos libres pensadores que la religion del porvenir es el protestantismo avanzado, siempre que tienda á acercarse al cristianismo de Jesucristo. Les dirémos más, á saber: que el protestantismo liberal es la condicion necesaria para salvar del naufragio, no sólo la religion, sino tambien la libertad. Nuestro convencimiento sobre este punto es inquebrantable, y harémos todo lo posible por comunicarle á nuestros lectores.

Un escritor frances, protestante liberal (1), dice que la Francia, desengañada en su gran mayoría del catolicismo, es negativamente protestante, esto es, que niega todo lo que niega el protestantismo avanzado. Esto es cierto; pero falta añadir que la Francia niega algo más. Si Voltaire volviera á la vida, mucho dudamos que abrazara la Reforma, por muy avanzada que ella fuese. Pues bien, la Francia, y cuenta que de la Francia es de la que aquí se trata, sigue siempre la religion de Voltaire. Todo lo que Voltaire retiene ó guarda del cristianismo es la idea de Dios y de la justicia divina, justicia que se representa como un juicio futuro seguido de castigos y recompensas. Pero ni cree que esa justicia existe en este mundo, ni ménos que haya un lazo permanente entre el hombre y Dios. Además, Voltaire hacia abstraccion completa de Jesucristo y se burlaba de Rousseau por haber dicho que si la muerte de Sócrates era la de un hombre, la muerte de Jesus era la de un Dios. Educado en el seno del protestantismo, Rousseau habia permanecido cristiano en el fondo del alma, mientras que Voltaire, nacido católico, abandonó el cristianismo al mismo tiempo que abandonó la Iglesia. La Francia liberal hace lo mismo. Pero hay más: en otra parte hemos dicho (2) que Voltaire habla de la Reforma con una especie de desden en el cual se trasluce su antipatia. Esto depende de una preocupacion propia de la raza latina, la cual prefiere una religion universal á una religion individual, preocupacion cuyo principal origen se encuentra en la educacion católica, que subsiste aún y que ha adquirido nueva fuerza en la reaccion que

(1) COQUERREL, *l'Orthodoxie moderne*.

(2) Véase nuestro *Estudio sobre la Reforma*.

han fomentado, por partes iguales, la ignorancia, la ceguera y el odio.

Oigamos á los reaccionarios. Aquí tenemos en primera línea á monseñor de Ségur, quien afirma que el protestantismo no es una religion. ¿Qué es una religion? pregunta. "Es un lazo de doctrina y de culto que reúne en la misma creencia religiosa, y en una manera uniforme de servir á Dios, á cierto número de hombres. Luego teniendo el protestantismo por principio fundamental que cada hombre es libre de creer todo cuanto quiera, y de servir á Dios como mejor le cuadre, claro está que destruye la idea misma de religion, esto es, de lazo, de comunión, de unidad. Por consiguiente, el protestantismo es á la religion lo que el adverbio *no* al adverbio *sí*." ¡Muy bien razonado! Y monseñor añade que tal vez su respuesta cause asombro á algunas pobres almas. Sin duda, y el asombro de esas pobres almas subiría de punto cuando se les probará, apoyándose en las afirmaciones de este doctor en reaccion, que ni Jesucristo ni sus apóstoles tuvieron religion, puesto que no iban á confesarse ni creían que María habia sido concebida sin mancha. Verdad es que en cambio llevaban la caridad á tal extremo, que San Pablo no habria vacilado en sacrificar su propia salvacion por obtener la de sus discípulos. Si la caridad bastaba á Jesus y á sus discípulos, ¿por qué no ha de bastar á los protestantes? Si por algo puede reconvenirseles, es por no haberse contentado con esta virtud sublime. Pero monseñor de Ségur no opina de este modo. Su Evangelio es este: La religion está en proporcion directa de los dogmas: cuanto mayor cantidad haya de éstos, tanto mayor será la otra. Luego como los protestantes avanzados rechazan todo dogma, deben ser considerados como ateos. La Reforma conduce al ateísmo. ¿Por qué? Porque no tiene razon de ser sino á condicion de dar completa libertad al pensamiento humano, y esto es la esencia del ateísmo (1).

Los talentos más elevados, aún entre los mismos católicos liberales, no están exentos de estas absurdas prevenciones. Lacordaire dice que el que produjo á Lutero fué el espíritu de las tinieblas, el demonio (2). ¿Es que sin Lutero no hubiera habido

protestantismo? ¿Qué fueron entonces los precursores de la Reforma? ¿Qué fueron las sectas de la Edad Media? ¿Qué fueron el atrevido Wycliffe y el evangélico Hus? ¿Fueron todos órganos de Satanás? La Reforma estaba en los espíritus mucho antes que la proclamara Lutero; y siendo así, preciso es convenir en que la mitad de la cristiandad era presa del espíritu de las tinieblas. Si preguntamos á Lacordaire por qué atribuye el protestantismo á la inspiracion del demonio, nos responderá: "El protestantismo es el gran camino de la *superstición*, mientras que el catolicismo continúa siendo la gran vía de una fe tan *razonable* como *profunda*." (1). ¡Oh ergotista! ¡Hé ahí para lo que sirve la elocuencia de la cátedra del Espíritu Santo! Pocos años despues, el papa promulga un nuevo dogma. Como esto produce un aumento de religion, no hay que decir que el mundo católico aplaude á dos manos el misterio de la Concepcion Inmaculada. ¡Triunfo de la fe *razonable* y *profunda*! En cuanto á los protestantes, la vía de superstición en que entraron los ha conducido á negar todas las supersticiones católicas y á acercarse al cristianismo de Jesucristo. ¡Prueba irrefutable de que el protestantismo es el *gran camino de la superstición*!

Bálmes escribió dos volúmenes sobre el protestantismo y el catolicismo, y cualquiera creeria que en una obra de ciencia debería encontrarse algo de equitativo y verdadero. Pues bien; bajo este punto de vista, el clérigo español es de la misma fuerza que el dominico frances. Bálmes trata á Lutero de loco, siente por el fraile sajón verdadera lástima, y no quiere que á las sectas protestantes se les dé el nombre de cristianas. El protestantismo no es, á sus ojos, sino una repetición del fenómeno que se produce en cada siglo, esto es, el espíritu de rebeldía y de error que seduce al hombre y agita á la humanidad (2). ¡Siempre Satanás explicándolo todo! Y, sin embargo, el protestantismo, ¡cosa singular! reanimó la amortiguada fe hasta en el seno mismo de la Iglesia romana. ¡De modo que tenemos al padre de la mentira, al hijo de la rebeldía, colaborando con el Cristo para levantar la religion y salvarla de una muerte que parecia inminente!

En otro tiempo los católicos confesaban que la

(1) MONSIEUR DE SÉGUR, *Cauterie sur le protestantisme d'aujourd'hui*, p. 45, 24 et 52.

(2) LACORDAIRE, *Discours sur la vocation de la nation française* (*Conférences*, t. I, p. 301, 303).

(1) LACORDAIRE, *Conférences*, t. II, p. 119.

(2) BÁLME, *el Protestantismo y el Catolicismo*, t. I, páginas 18, 13, 24.

Reforma había contribuido, de rechazo, á regenerar la Iglesia. Pero hoy, la reaccion católica, esparciendo sobre la historia nueva luz, afirma que ántes de Lutero la Europa era creyente y piadosa á carta cabal, ofreciendo el espectáculo de una magnífica armonía entre la fe y la virtud (1). Sin duda; ¡y el director de ese admirable concierto era Alejandro VI, el famoso Borgia! ¡Y son los sabios jesuitas los que escriben la historia con ese espíritu de verdad! El gran crimen de Lutero fué destruir la autoridad de la Iglesia, dicen los reverendos padres de la *Civiltà Cattolica* (2). Enhorabuena. Pero ¿qué hay de comun entre la Iglesia y la religion? Esta es otra de las preocupaciones católicas, y de las más funestas por cierto. ¿No hay Iglesia? Pues no hay religion. Verdad es que los protestantes tienen templos y pastores, verdad es que áun los hay que tienen obispos y arzobispos. Pero ¿qué importa? No tienen papa. Y ¿cómo ha de existir una religion sin hombres que se llamen Borgia? ¿Es esto posible? El protestantismo conduce fatalmente á la indiferencia y á la incredulidad. Pruebas evidentes: Voltaire educado por los jesuitas, y el ateísmo que florece en la tierra del papa y en todos los países católicos. Una ligera dificultad ofrece esta manera jesuitica de escribir la historia: ¿dónde estaba el papa cuando Jesus predicaba la *buena nueva* y cuando San Pablo se la anunciaba á los gentiles? En ninguna parte, y no hay más remedio que convenir en que ni el Cristo ni sus apóstoles tenían religion.

¡Y esos mismos hombres que alteran y falsifican la historia con sin igual impudencia se atreven á acusar de mentirosos á los libres pensadores! Distrazando una frase célebre, hacen decir á los filósofos: "Mintamos, mintamos mucho, que siempre queda algo.", El arma favorita de los *impíos*, dice monseñor de Ségur, es la *mentira histórica*. "Si, exclama en un arranque de indignacion, lo afirmo ante Dios y ante la ciencia," (3). No dudamos de la sinceridad de una afirmacion tan solemne; pero ¿qué pensar entónces de la increíble ceguera de los escritores católicos? ¡Y cuenta que no citamos los panfletarios de baja estofa! Los que aventuran contra el protestantismo semejantes afir-

maciones, contrarias á la verdad, afirmaciones que podríamos calificar de calumnias si no tuviéramos en cuenta la ignorancia católica, los que eso dicen son oradores ilustres, hombres que se llaman monseñor. Sólo en una cosa tienen razon, y es que, por muy grosera que sea la mentira, siempre queda algo, como ellos dicen. Entre los hombres que de esta manera desfiguran el protestantismo hay católicos liberales y *pícos de oro*, como los llama el vulgo. Los libres pensadores asistían á las conferencias del padre Lacordaire; y si de ellas no salían creyentes, salían persuadidos que el protestantismo era todavía peor que el catolicismo.

II.

Hé ahí cómo se explica que aquellos que abandonan el catolicismo queden profundamente convencidos de que no hay más cristianismo posible que el catolicismo de Roma, y de que el protestantismo es un sistema bastardo, ni cristiano ni filosófico. Concíbese, pues, que miren con lástima el protestantismo de los liberales y que digan que no creer en la divinidad de Cristo es desertar del cristianismo. Y esto lo dicen los mismos que han dejado de creer, lo cual no les impide seguir hablando como si fueran ortodoxos. Sin embargo, hubo un literato, novelista célebre, que invitó á la Francia á abrazar el protestantismo unitario. El llamamiento de Eugenio Sue es un testimonio de lo poquísimo que los liberales comprenden, no ya el protestantismo, pero ni el movimiento de reforma que se opera en su seno. Si insistimos en esto, es para comprobar las preocupaciones del liberalismo político, y al mismo tiempo para indicar cuál es, en nuestra opinion, la verdadera vía que conduce al objeto que los liberales anhelan conseguir, esto es, á la libertad desembarazada de todas las cadenas del pasado y puesta al abrigo de los peligros que la amenazan en el porvenir.

Eugenio Sue señaló el escollo en una carta dirigida á *El Nacional*, y llamó seriamente la atencion de los liberales, de los demócratas, hácia la cruzada emprendida en el mundo entero por el partido católico contra los legítimos derechos de la razon y contra la libertad de los pueblos. Esto era para la humanidad un gran peligro. Y no porque los esfuerzos de los hombres del pasado consigan separarla para siempre del porvenir que le está re-

servado, sino porque la marcha hácia ese porvenir puede ser detenida, y la parte católica de Europa condenada á sufrir rudísimas pruebas. Estas aprensiones no son infundadas: ahí está la historia para demostrarnos el poder del catolicismo y la funesta influencia que ejerce. En el siglo XVI, los gérmenes de la Reforma se hallaban esparcidos por toda Europa, y la revolucion religiosa penetró en todas partes, en Francia, en Italia, en la misma España; toda la Alemania fué invadida. Hubo un momento en que pudo creerse que el mundo católico iba á convertirse al protestantismo. Y, sin embargo, medio siglo despues, la Reforma queda aniquilada en Italia, en España, en el Mediodía de Alemania, y reducida en Francia á una existencia vegetativa. Contrarevolucion inmensa que por espacio de muchos siglos decidió de los destinos de Europa. Y si no, ¡supóngase por un momento á toda la Europa protestante en lugar de ser católica! ¿Á qué se debe la victoria de la Iglesia sobre la Reforma? Á la debilidad, á la inconsecuencia de los protestantes y á la accion todopoderosa que los jesuitas ejercen por la educacion sobre los espíritus. En vez de unir sus esfuerzos, los protestantes se dividieron y llevaron la imprevisión hasta el extremo de confiar sus hijos á los jesuitas. De aquí resultó que muchísimos padres protestantes tuvieron descendientes católicos hasta el fanatismo. Pues bien, ¿qué es lo que estamos presenciando hoy? El mismo espectáculo.

El catolicismo se apodera de la enseñanza en todas partes; aquí, á título de monopolio, allá, bajo la engañadora máscara de la libertad. Y ¿quiénes son los que prestan apoyo á los jesuitas? Los liberales. Sea de buena fe, sea por exceso de sencillez ó de ceguera, poco importa, el resultado es el mismo, resultado que no es otro sino dejar en manos del catolicismo las nacientes generaciones. ¿Será necesario recordar á los liberales las palabras de Leibnitz? ¿No es evidente que aquellos que forman el corazón de las nuevas generaciones disponen á su antojo del porvenir de la humanidad? En presencia de este hecho, ¿qué importan nuestras victorias electorales? Los padres votan por la causa de la libertad, de la cual llegan á ser los hijos enemigos encarnizados. Por consiguiente, la libertad es la que peligra, y con ella todas las conquistas de nuestra civilizacion. Esto es lo que con sobra de razon dice Eugenio Sue en su carta á *El*

Nacional. El catolicismo debilita la razon, cuando no la oscurece completamente. Y ¿cómo ha de ser libre el hombre cuyo pensamiento es esclavo?

Diráse que la mayor parte de aquellos que salen de los colegios de los jesuitas se vuelven indiferentes ó incrédulos, y por lo tanto enemigos de la misma Iglesia que los ha educado. Cierto, este fenómeno se produjo en el siglo pasado y se produce todavía de cuando en cuando en el siglo presente. Pero nada más erróneo que considerarle como un hecho general. En el último siglo, la Iglesia no tenía conciencia del peligro que amenazaba su existencia, y el papa llegó hasta el extremo de licenciar su fiel milicia jesuita. Hoy, los jesuitas, restablecidos, han puesto manos á la obra con nuevo ardor, y pretenden destruir el liberalismo, como destruyeron la Reforma en una gran parte de Europa en los siglos XVI y XVII. ¡Que los liberales no se duerman en una insensata confianza! ¡Que aquellos que aman la libertad se convenzan de lo que llegarán á ser sus hijos cuando salgan de un colegio de jesuitas, ó, lo que es lo mismo, de cualquiera establecimiento clerical! La mayor parte quedan ciegos para siempre, como si una mano criminal los hubiera privado del órgano de la inteligencia. ¡El que escribe estas líneas ha visto centenares de jóvenes educados por los jesuitas; ni uno sobre ciento ha vuelto á la razon! Amaestrados por hombres cuyo pensamiento es esclavo, permanecen para siempre esclavos de la Iglesia.

Y ¿qué llegan á ser los que resisten la funesta influencia de la educacion clerical? Eugenio Sue nos dirá si la libertad puede contar con estos libertos. En Roma, los que salían de la condicion de esclavos formaban la peor raza de hombres libres. Entre los que rompen las cadenas de la Iglesia hay sin duda naturalezas generosas; pero esos caracteres enérgicos son y serán siempre la excepcion de la regla. La gran masa de los que el clero educa, de aquellos á quienes comunica la famosa verdad llamada revelada, son entidades completamente perdidas para la libertad. "Cuando llegan á adolescentes, á hombres, dice Eugenio Sue, dejan de practicar sus deberes religiosos; con frecuencia alardean de espíritus fuertes, se mofan de los milagros y de los santos, del diablo y de sus cuernos, y se entregan á sus pasiones. Pero no hay que dejarse engañar por estas exterioridades impías; en el fondo siempre conservan el sello católico. Si;

(1) *Civiltà Cattolica*, serie 5.^a, t. IV, p. 567.

(2) *Civiltà Cattolica*, serie 5.^a, t. IV, p. 568, 565, 566.

(3) MONSIEUR DE SÉGUR, *l'Église*, p. 28, 29.

recibido en la infancia, este sello es indeleble, fatal. ¿Qué marca de servidumbre es la que el libertado conserva aún en el seno mismo de la libertad? Sus primeros maestros le imprimieron la costumbre de la sumisión sin examen, le dieron la necesidad de la obediencia pasiva, esto es, de ser mandado, le quitaron la fuerza de pensar por sí mismo y de obrar según sus convicciones. Nuestros pretendidos espíritus fuertes son hombres que no piensan, hombres que necesitan y piden alguien que los mande, hombres que aman la sumisión. Hé ahí por qué tienen los pueblos católicos tan poco vivo el sentimiento de la verdadera libertad y tan oscurecida la conciencia de sus deberes y de su dignidad. Ciertamente es que cuando el yugo se hace intolerable, los esclavos se rebelan; pero también lo es que la rebeldía de los esclavos no conduce nunca a la libertad. En un acceso de admirable heroísmo, los pueblos rompen sus cadenas; y luego, asustados de una libertad que no pueden soportar, se la dejan arrebatar... ¿qué decimos? la abdican para hacerse otra vez esclavos voluntarios.

Nadie negará que en el fondo de ese cuadro hay una verdad tristísima. Para los pueblos católicos, el peligro es evidente, el mal flagrante. ¿Cómo remediarle? Eugenio Sue responde que sobre los liberales debe recaer una gran parte de la responsabilidad. Con frecuencia, dice, se los ve contratando alianza con la Iglesia. Sus intenciones son excelentes, pero su candidez es todavía más admirable. Se dejan seducir por el dulce, por el hermoso nombre de libertad, y no reflexionan que a los católicos les ha servido siempre de bandera ese mágico nombre para llegar a la dominación absoluta. Ayudar a los católicos a conquistar la libertad de enseñanza en un país donde las poblaciones están sometidas a la influencia de la Iglesia, ¿no es lo mismo que entregar a la Iglesia, es decir, al enemigo de toda libertad verdadera, las jóvenes generaciones? ¿Son los hermanos ignorantes y los jesuitas los que preparan al niño para que llegue a ser hombre libre? Pero los liberales hacen todavía más: atacan a la Iglesia, son libres pensadores, y, sin embargo, no se atreven a decir que lo son; al contrario, proclaman que son católicos, ó, por lo menos, se conducen como si lo fueran. Si no confiesan ni comulgan, tienen especial cuidado de casarse en la iglesia y de llevar sus hijos a la pila bautismal. Se burlan del catecismo,

pero quieren que sus hijos le aprendan; no sufren las corporaciones religiosas, truenan contra ellas, y les confían sus hijas y muchas veces sus hijos. ¡Por último, cuando se aproxima la muerte, se reconcilian con la Iglesia, como si tuvieran empeño en morir tan hipócrita, ó, por lo menos, tan inconsecuentemente como han vivido! La inconsecuencia es funestísima, porque, someténdose a la Iglesia en las grandes circunstancias de la vida, los liberales ayudan a mantener su poderío, del cual son, después de todo, enemigos declarados. El mal no está en el poder de la Iglesia, sino en que tenemos al enemigo en nuestro propio campo. Si, el enemigo somos nosotros, es nuestra debilidad, nuestra cobardía. ¿Cuál es la causa de este mal que llevamos en nosotros mismos? Por una buena parte figura la influencia de la tradición, del hecho. Aún allí donde la nación es liberal en su gran mayoría, los llamados libres pensadores forman una minoría escasísima. ¡Y la fuerza del hecho es temible! Los más fuertes, los de carácter más entero, la sufren a pesar suyo. Vivimos en una sociedad católica por sus costumbres, por sus intereses, por su espíritu, ya que no por sus creencias. ¿Podemos colocarnos fuera de la sociedad, desafiar sus preocupaciones, y al mismo tiempo vivir en esta misma sociedad?

En esos términos hay una perenne contradicción. Mientras los libres pensadores no sean más que individuos en lucha con la mayoría de la nación, sufrirán, unos más y otros menos, la influencia del medio en que viven; tan imposible es sustraernos a ese medio como imposible nos sería vivir fuera de la atmósfera que nos envuelve. ¿Es esto decir que el mal no tiene remedio? En el orden moral no hay males que no le tengan. En definitiva, el imperio que en las almas ejerce el catolicismo no es sino el dominio de la ignorancia y la superstición; creer que este imperio es eterno sería creer que las inteligencias deben estar siempre sumergidas en las tinieblas, lo cual es una blasfemia, porque esto equivaldría a negar el orden moral, a negar a Dios y a su Providencia. Luego menester es que haya un remedio; pero ¿cuál? Oigamos primero a Eugenio Sue.

Los liberales son débiles por su aislamiento; ¿por qué no se asocian? Eugenio Sue propone que se forme una asociación racionalista que predique públicamente el ejemplo, conformando sus actos

con sus palabras. Precisemos el pensamiento del escritor francés: lo que él quiere es una sociedad de libres pensadores cuyos miembros se comprometieran a no casarse en la iglesia, a no bautizar a sus hijos, a no pedir en el lecho de muerte los auxilios de ningún sacerdote. Hé ahí lo que monsieur Coquerel llama el protestantismo negativo. Respecto a esas negaciones, todos los libres pensadores están de acuerdo. ¿Cómo sucede que haya tan pocos que practiquen lo que piensan? Porque les falta el valor, porque todos temen algo. Y ese algo que temen, ¿no les impediría entrar en la asociación que Eugenio Sue propone? No es raro encontrar algunos que tienen el valor de morir como han vivido; pero propóngaseles a los mismos que se hallan decididos a morir como libres pensadores entrar públicamente en una asociación que proscriba el entierro religioso, y se les verá retroceder inmediatamente. Esto es deplorable, pero ciertísimo. Giramos, pues, en un círculo vicioso: si los liberales tuvieran el valor de entrar en una asociación racionalista, la asociación sería inútil; cada uno obraría según su conciencia y sus convicciones.

Acabamos de pronunciar una palabra sobre la cual es preciso detenernos. ¡Convicciones! ¿Las tienen los liberales? ¿Las tienen los mismos libres pensadores? No, no las tienen, y esa es precisamente la causa profunda de su debilidad. Todos aman la libertad; pero si se les dijera que sin el pensamiento libre la libertad política no es más que un nombre vano y que, por consiguiente, el liberalismo es y tiene que ser enemigo nato del catolicismo, la mayor parte de entre ellos retrocederían espantados. Y, sin embargo, esa es la verdad desnuda. Mientras ella no sea reconocida como un axioma del liberalismo; mientras los liberales no tengan conciencia del irremediable antagonismo que entre la doctrina católica y la libertad existe, no serán sino medio liberales; tendrán un pie en la Iglesia y pertenecerán al enemigo. Para ese mal no hay más que un remedio, y es dar a los liberales las convicciones de que carecen. Y por esto entendemos convicciones políticas y al mismo tiempo religiosas, porque, en nuestra opinión, unas y otras se encadenan. Lo cual quiere decir que el liberalismo político debe convertirse al cristianismo liberal. ¿Es este el parecer de Eugenio Sue? En apariencia, sí; en realidad, no. Entendámonos.

Eugenio Sue pide que, si la asociación racionalista que propone no pudiera todavía constituirse, se asocien los liberales para la propagación del unitarismo, es decir, de aquella secta de la Reforma a la cual prestaron tanto brillo Channing y Parker. La manera de determinar el objeto prueba ya que el unitarismo no es para Eugenio Sue el término, sino el medio. Preferiría una asociación racionalista, y su ideal es el racionalismo puro; el unitarismo es un arma de guerra, arma excelente para combatir el catolicismo. "Si el protestantismo, dice el escritor francés, llegara a ser lo que fué en su cuna, una *religion de oposicion*, de *protestantes*, de gentes que protestan, y se aumentara con todos los que, católicos ó no católicos, pero completamente extraños a las prácticas del catolicismo, nacen, viven y mueren en una completa indiferencia ó en la incredulidad, la Iglesia romana perdería las tres cuartas partes de sus fieles, y recibiría un golpe irremediable, tal vez mortal."

¡No acusemos a los ortodoxos de ignorancia y de ilusión! Menester es confesar que el liberalismo, sin duda con las mejores intenciones del mundo, es tan ignorante y tan ciego como aquéllos. Según Eugenio Sue, la Reforma no fué más que una negación de gentes que protestan. Sí, los reformadores protestaron, pero no fué en nombre de una negación, sino en el de una fe más profunda que la de los católicos. Si la negación bastara, no tendríamos por qué apurarnos, porque, gracias a Dios, no son las negaciones las que faltan. Pero ¿qué fuerza nos dan esas negaciones? No hay más que ver lo que sucede con la mayor parte de los espíritus fuertes: pasan su vida negándolo todo, y llegan a la vejez y se vuelven ortodoxos. Pobres almas dignas de haber inventado aquel proverbio de: cuando el diablo llega a viejo se hace ermitaño. Esto, sin contar que algunas veces, siendo todavía jóvenes, se confiesan y comulgan cuando tienen que casarse, bautizan su prole, confían sus hijas y sus hijos al sacerdote, y luego mueren devotamente. ¡Hé ahí para lo que sirven las negaciones!

No, el protestantismo no era sencillamente una religión de protestantes, de antagonistas; al mismo tiempo que negaba, afirmaba, y su fuerza está en esa afirmación, mientras que el liberalismo (hablamos del liberalismo político) no es, en realidad, más que un movimiento de oposición. Fuertes para